

EL LAZARILLO DE TORMES

(Versión adaptada)

[Tratado primero](#)

[Tratado segundo](#)

[Tratado tercero](#)

[Tratado cuarto](#)

[Tratado quinto](#)

[Tratado sexto](#)

[Tratado séptimo](#)

TRATADO PRIMERO

Sepa Vuestra Merced que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, de donde viene mi sobrenombre y ocurrió de esta manera: mi padre trabajaba llevando trigo a un molino que está en la ribera de aquel río y estando mi madre preñada de mí, una noche en el molino, se puso de parto y me parió allí. De manera que, en verdad, puedo decir que he nacido en el río.

Cuando yo tenía ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías⁽¹⁾ hechas en los sacos de los que allí a moler venían, por lo que fue preso y confesó y no negó y fue condenado. En este tiempo se preparó un ejército contra los moros, en el cual fue mi padre con cargo de acemilero⁽²⁾ de un caballero y con su señor, como leal criado, falleció.

(1) El padre de Lázaro robaba parte de los sacos de trigo que llevaba al molino.

(2) Acemilero es el encargado de los caballos y mulos de un señor. Deriva de «acémila» o mula.

Mi madre viuda, como sin marido y sin abrigo se viese, se fue a vivir a Salamanca y alquiló una casa y guisaba para ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas. Ella y un hombre negro de aquellos que cuidaban las bestias, vinieron en conocimiento. A mí al principio no me gustaba y le tenía miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas cuando vi que con su venida mejoraba el comer, le fui apreciando porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, con los que nos calentábamos. De manera que mi madre vino a darme un negrito muy bonito, con el cual yo jugaba y ayudaba a calentar. Y recuerdo que, estando el negro de mi padre jugando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo y señalando con el dedo decía:

- ¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

- ¡Hideputa!

Yo, aunque era un niño, noté que «aquella palabra» se refería a mi hermanico, y dije para

mí: «¡Cuantos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra mala fortuna que lo que hacía el Zaide, que así se llamaba el negro, llegó a oídos del mayordomo del Comendador y se descubrió que robaba la mitad de la cebada que para las bestias le daban y además salvado, leña, almohazas⁽³⁾ y mandiles y fingía que se perdían las mantas y sábanas de los caballos y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba y todo el dinero que sacaba se lo daba a mi madre para criar a mi hermanico. Y se demostró cuanto digo y aún más, porque a mí con amenazas me preguntaban y como niño respondía y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que vendí a un herrero por mandado de mi madre. Al triste de mi padrastró azotaron y pringaron⁽⁴⁾ y a mi madre le pusieron por pena, además del acostumbrado centenario⁽⁵⁾ que no entrase en casa del Comendador ni que acogiese en su casa al lastimado Zaide.

(3) Cepillos para limpiar el pelo a los caballos.

(4) Pringar consistía en derretir tocino sobre las heridas producidas por los azotes.

(5) 100 azotes.

Mi madre se fue a servir a los que vivían en el mesón de la Solana⁽⁶⁾ y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar y yo hasta ser buen mozo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban. En este tiempo vino a hospedarse en el mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo serviría para guiarle, me pidió a mi madre y ella me encomendó a él, diciéndole que yo era hijo de un buen hombre que había muerto en la batalla de los Gelves⁽⁷⁾ y que ella confiaba en Dios que yo no saldría peor hombre que mi padre y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él le respondió que así lo haría y que me recibía no por mozo sino por hijo. Y así comencé a servir y guiar a mi «nuevo y viejo» amo.

Estuvimos en Salamanca algunos días, pero como mi amo no estaba contento con las ganancias, decidió irse de allí y antes de marcharnos yo fui a despedirme de mi madre y, ambos llorando, me dio su bendición diciendo:

- Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno y que Dios te guíe. Te he criado y con buen amo te he puesto. Desde ahora tienes que valerte por ti mismo.

(6) Era un famoso mesón que estaba en el edificio del actual Ayuntamiento de Salamanca.

(7) Batalla contra los turcos en la que murieron gran parte de las tropas cristianas.

Y así me fui con mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca y llegando al puente, el ciego me mandó que me acercara al animal de piedra que tiene forma de toro y allí puesto, me dijo:

- Lázaro, apoya el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así y cuando sintió que tenía la cabeza sobre la piedra, cerró la mano y me dio un gran golpe contra el toro que más de tres días me duró el dolor de la cornada y me dijo:

- Necio, aprende que el mozo del ciego ha de saber un poco más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Me pareció que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije para mí: «*Verdad dice este, que tengo que estar atento y espabilar, pues estoy solo y debo pensar en valerme por mí mismo*».

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me enseñó jerigonza⁽⁸⁾ y como veía que yo aprendía rápido, disfrutaba mucho y decía:

- Yo ni oro ni plata te puedo dar, pero consejos para vivir muchos te enseñaré.

Y fue así que, después de Dios, éste me dio la vida y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir.

(8) Lenguaje o jerga de los ciegos para entenderse entre ellos.

Sepa Vuestra Merced que desde que Dios creó el mundo, a nadie hizo tan astuto y sagaz como a mi amo. En su oficio era un águila; más de cien oraciones sabía de memoria: un tono bajo, reposado y muy sonable que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que ponía cuando rezaba, sin hacer gestos con la boca ni los ojos, como otros suelen hacer. Además tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas que sus maridos las quisiesen bien, echaba pronósticos a las preñadas, si traía hijo o hija. Pues en caso de medicina, decía que Galeno⁽⁹⁾ no supo la mitad que él para muela, desmayos o males de madre.

Finalmente, si alguien le decía padecer alguna enfermedad enseguida le decía:

- Haced esto, haced esto otro, coged tal hierba, tomad tal raíz.

Con todo esto tenía a todo el mundo tras él, especialmente las mujeres, que creían todo cuanto les decía. De ellas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

(9) Famoso médico griego del siglo II.

Pero también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que ganaba, jamás conocí un hombre tan avariento y mezquino, tanto que me mataba de hambre y no me daba lo necesario para comer.

Digo verdad: si con mi ingenio y habilidad no me hubiera sabido remediar, muchas veces me habría muerto de hambre; pero a pesar de su saber y astucia yo le engañaba de tal forma que siempre, o las más veces, me llevaba lo mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi favor.

Él traía el pan y todas las otras cosas en una talega que cerraba con una argolla de hierro y un candado con llave y al meter y sacar todas las cosas lo hacía con gran vigilancia y lo contaba todo tanto que no había hombre en todo el mundo capaz de quitarle una migaja.

Yo tomaba la miseria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba dedicándome

a otras cosas, yo descosía una costura de la talega y por allí sangraba⁽¹⁰⁾ la avarienta talega, sacando buenos pedazos de pan, torreznos y longaniza y después la volvía a coser para que no se diera cuenta del robo.

(10) Robaba.

Yo le sisaba⁽¹¹⁾ y hurtaba todas las medias blancas⁽¹²⁾ que podía y cuando le mandaban

rezar y le daban una blanca⁽¹²⁾, como él no veía yo la recogía y me la llevaba a la boca donde tenía una media blanca preparada y rápidamente cambiaba las monedas⁽¹³⁾. Se quejaba el ciego, porque al tocar la moneda conocía y sentía que no era blanca entera y decía:

- ¿Qué diablo es esto que desde que conmigo estás sólo me dan medias blancas y antes muchas veces me pagaban con una blanca o un maravedí⁽¹²⁾? En ti debe estar esta desdicha.

Entonces él acortaba el rezo y no acababa la oración, porque me tenía mandado que en cuanto se fuera el que la mandaba rezar, le tirase de la capucha de la capa. Yo así lo hacía. Luego él volvía a dar voces, diciendo:

- ¿Mandan rezar tal y tal oración?

(11) La sisa es la parte que se defrauda o se hurta, especialmente en la compra diaria.

(12) Los «maravedís», las «blancas» y las «medias blancas» son monedas de aquella época.

(13) Lázaro recogía las monedas que le daban al ciego y, según la costumbre, las besaba. Ese era el momento que aprovechaba para cambiar las «blancas» por «medias blancas» que tenían la mitad de valor.

Solía poner junto a él un jarro de vino cuando comíamos y yo rápidamente lo asía y le daba un par de besos callados⁽¹⁴⁾ y lo dejaba en su sitio. Pero aquello duró poco porque se daba cuenta de la falta y por reservar su vino a salvo nunca soltaba el jarro, siempre lo tenía por el asa sujeto. Pero yo con una paja larga de centeno, que metía en la boca del jarro, chupaba el vino y lo dejaba a buenas noches⁽¹⁵⁾. Pero como fuese el traidor tan astuto, pienso que se dio cuenta y desde entonces colocaba su jarro entre las piernas y lo tapaba con la mano y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él y viendo que aquel remedio de la paja ya no me valía, decidí hacer un agujero en el suelo del jarro y taparlo con cera y a la hora de la comida, fingiendo tener frío, me colocaba entre las piernas del ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos y al calor de ella se derretía la cera y comenzaba el jarro a destilarme vino en la boca, la cual yo de tal manera ponía que no se perdía ni una sola gota. Cuando el ciego iba a beber, no hallaba nada: se espantaba y maldecía no sabiendo qué podía ser.

- No diréis que lo bebo yo-le decía-, pues no lo soltáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro que halló el agujero y cayó en la burla. Pero lo disimuló como si no se hubiera enterado y al día siguiente, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que era el momento de vengarse y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer sobre mi boca, ayudándose de todo su poder, de manera que yo que estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fue tal el golpe que perdí el sentido y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy en día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que había disfrutado del cruel castigo. Me lavó con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho y sonriéndose decía:

- ¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otras gracias que para mí no lo eran.

(14) Le daba un par de tragos sin que se enterara el ciego.

(15) *Se bebía casi todo el vino.*

Ya que estuve medio bueno de mis negros cardenales, decidí dejar al ciego; pero preferí hacerlo cuando más me interesara. Y aunque yo quisiera perdonarle el jarrazo, no podía por el mal trato que el mal ciego desde entonces me daba que sin causa ni razón me hería, dándome coscorriones y tirones del pelo. Y si alguno le preguntaba por qué me trataba tan mal, le contaba el cuento del jarro, diciendo:

- ¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? No creo que el demonio inventara otra hazaña peor.

Santiguándose los que lo oían, decían:

- ¡Mira, quien pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho lo que contaba y le decían:

- Castigadlo, castigadlo, que Dios os lo premiará.

Y él con aquello nunca otra cosa hacía. Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos y a propósito, por hacerle mal y daño: si había piedras, por ellas, si lodo, por lo más alto; que me alegraba a mí quebrarme un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto con la garrota me pegaba en el cogote, el cual siempre traía lleno de chichones y aunque yo juraba no hacerlo con malicia, sino por no hallar mejor camino, el ciego no me creía: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento⁽¹⁶⁾ del traidor.

(16) *Inteligencia*

Y porque vea Vuestra Merced a cuanto se extendía el ingenio del astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me ocurrieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca nos dirigimos a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Se arribaba a este refrán: «*Más da el duro que el desnudo*»⁽¹⁷⁾.

Donde hallaba buena acogida y ganancia, nos deteníamos. Donde no, al tercer día nos íbamos.

Sucedió que llegando a un lugar que llaman Almorox, estaban recogiendo uvas y un vendimiador le dio un racimo en limosna y como suelen ir los cestos maltratados y también porque las uvas en aquel tiempo están muy maduras, al echarlas a la talega se deshacían. Decidió hacer un banquete, por no poderlas llevar, más que por contentarme que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Nos sentamos en una valla y dijo:

- Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad y es que ambos comamos este racimo de uvas y que tengas de él tanta parte como yo. Lo repartiremos de esta manera: tú picaras una vez y yo otra. Con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos y de esta manera no habrá engaño.

Hecho así el acuerdo, comenzamos tomando las uvas de una en una, mas el traidor cambió de propósito y comenzó a tomar las uvas de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Pero yo no me contenté con hacer lo mismo que él y empecé a tomar las uvas de tres a tres y como podía las comía.

Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y meneando la cabeza dijo:

- Lázaro, me has engañado: juraré yo a Dios que tú has comido las uvas de tres en tres.

- No las comí así -dije yo- pero ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el astuto ciego:

- ¿Sabes por qué creo que las comiste de tres en tres? Porque yo las comía de dos en dos y tú callabas.

A lo cual yo no respondí.

(17) El refrán quiere decir que de alguien que tiene se puede sacar algo aunque no esté dispuesto a compartir, pero del que nada tiene poco se puede esperar.

Estábamos en Escalona, en un mesón y me dio un pedazo de longaniza para que la asase y mandó que fuese a por un maravedí de vino a la taberna. Había cerca del fuego un nabo pequeño, larguillo y tan ruinoso que, por no valer para la olla, debió ser tirado allí. Como en el mesón estábamos los dos solos y me vi con apetito goloso por el sabroso olor de la longaniza, de la cual yo sabía que no había de gozar, mientras el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza del asador y rápidamente metí el nabo, el cual mi amo tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado⁽¹⁸⁾.

Yo fui por el vino, con el cual no tarde en despachar la longaniza y cuando volví hallé al pecador del ciego que tenía el nabo apretado entre dos rebanadas de pan, al cual aún no había conocido por no haberlo tocado con la mano. Cuando mordió las rebanadas pensando en llevar también parte de la longaniza, se quedó frío con el frío nabo, se alteró y dijo:

- ¿Qué es esto, Lazarillo?

- ¡Desgraciado de mí! -dije yo-. ¿Queréis culparme de algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguien estaba ahí y por burlar haría esto.

- No, no -dijo él-, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible.

Yo volví a jurar y perjurar que estaba libre de aquel cambio; pero de poco me sirvió, porque nada se escapaba a la astucia del maldito ciego. Se levantó y me asió por la cabeza y llegó a olerme el aliento y metía en mi boca su nariz, que tenía larga y afilada y con el enojo se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó a la campanilla. Y con esto y con el gran miedo que tenía y como la negra longaniza aún no había hecho asiento en el estomago y lo más principal, con la enorme nariz casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron la causa de que la longaniza y el vino fueran devueltos a su dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estomago que la negra y malmascada longaniza salió de mi boca⁽¹⁹⁾.

¡Oh, gran Dios, quién estuviera en aquella hora sepultado, porque muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al ruido no acudieran las gentes, pienso que no me dejara con vida. Me sacaron de entre sus manos, dejándoselas llenas de los pocos cabellos que me quedaban. Yo le dejé arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones. Contaba el mal ciego, una y otra vez, a todos cuantos allí llegaban mis desastres, así la del jarro como la del racimo y ahora lo presente. Eran tan grandes las risas que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta y con tanta gracia y donaire contaba y recontaba el ciego mis hazañas que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que no hacía justicia por no reírse las.

Se hicieron amigos nuestros la mesonera y los que allí estaban y con el vino que para beber le había traído, me lavaron la cara y la garganta, a lo que decía el ciego:

- En verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que lo que yo bebo en dos. Le debes más, Lázarro, al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil veces te ha dado la vida.

Y luego contaba cuantas veces me había descalabrado y desgarrado la cara y con vino luego sanaba.

(18) El ciego estaba asando el nabo porque Lázarro se lo había cambiado por la longaniza.

(19) *Lázaro vomitó la longaniza encima del ciego.*

Visto esto y las malas burlas del ciego, determiné dejarle. Al día siguiente salimos por la villa a pedir limosna. Había llovido mucho la noche de antes y por el día también llovía. Andaba el ciego rezando debajo de unos soportales que en aquel pueblo había, donde no nos mojábamos, pero como se hacía de noche y no paraba de llover, me dijo:

- Lázaro, este agua es muy mala, está llegando la noche y cada vez llueve más.

Regresemos ya a la posada.

Para ir allá, teníamos que pasar un arroyo que con lo que había llovido traía mucha agua. Yo le dije:

- El arroyo va muy ancho; pero si queréis, yo sé por donde atravesarlo sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho y saltando pasaremos sin mojarnos los pies.

Le pareció buen consejo y dijo:

- Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se estrecha que ahora es invierno y sabe mal el agua y más llevar los pies mojados.

Yo, cuando vi que accedió a mis deseos, le saqué de debajo de los soportales y lo puse enfrente de un poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas y le dije:

- Este es el paso más estrecho que en el arroyo hay.

Como llovía mucho y el ciego se mojaba y con la prisa que teníamos de escapar del agua que nos caía encima y, lo más principal, porque Dios le cegó en aquella hora el entendimiento (fue por darme venganza), me creyó y dijo:

- Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar y dando un salto me puse detrás del poste y le dije:

- ¡Sus! Saltad todo lo que podáis, para que caigáis a esta parte del agua.

Apenas lo había acabado de decir cuando el pobre ciego, echando un paso atrás para hacer mayor salto, se abalanzó como cabrón y con toda su fuerza arremetió y dio con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza y cayó luego para atrás, medio muerto y rajada la cabeza.

- ¿Cómo y oliste la longaniza y no el poste? ¡Oled! ¡Oled!

Le dije yo. Y allí lo dejé en manos de mucha gente que lo había ido a socorrer y tomé corriendo la puerta de la villa y antes de anochecer llegué a Torrijos.

TRATADO SEGUNDO

Llegué a un lugar que llaman Maqueda, donde me encontré con un clérigo que me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad que, aunque maltratado, mil cosas buenas me enseñó el pecador del ciego y una de ellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me tomó a su servicio.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque este era mucho peor que el ciego. No digo más, sino que toda la miseria del mundo estaba encerrada en éste.

Tenía un arcón de madera viejo y cerrado con llave, la cual llevaba con una cinta atada a

la capa. Y cuando traía comida a casa la metía en el arca y la dejaba cerrada. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer como suele haber en otras: algún tocino colgado cerca de la lumbre, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece a mí que, aunque de ello no me aprovechara, sólo con la vista me consolara.

Solamente había una ristra de cebollas en una habitación de lo alto de la casa que también tenía cerrada con llave. Me daba una cebolla cada cuatro días y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguien estaba presente, echaba mano al bolsillo y con gran solemnidad la desataba y me la daba diciendo:

- Toma y devuélvemela después y no comas más de la cuenta.

Como si dentro de ella estuvieran todas las conservas de Valencia⁽²⁰⁾, con no haber en dicha habitación, como dije, otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo. Las cuales él tenía tan bien contadas, que si, por mi desgracia, comiera más de una ración, me costaría caro. Finalmente, yo me moría de hambre.

(20) En aquella época las conservas de Valencia gozaban de mucha fama.

Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Un poco de carne era su ración diaria para comer y cenar. Verdad es que repartía conmigo el caldo, que de la carne ¡nada!, sino un poco de pan y ¡rogando a Dios que me alcanzara!

Los sábados se comen en esta tierra cabezas de carnero y me enviaba por una, que costaba tres maravedís⁽²¹⁾. Cocía la cabeza y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía y me echaba todos los huesos roídos al plato, diciendo:

- Toma, come y disfruta, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa.

«¡Tal te la dé Dios!», decía yo en voz baja.

Al cabo de tres semanas que estuve con él me quedé tan flaco que no me podía sostener sobre las piernas de pura hambre. Sentí que me iba a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. No podía usar de mis mañas por no tener en qué aplicarlas. Y, aunque algo hubiera para comer, no podía engañarlo como hacía con el ciego, al que Dios perdone (si de aquel golpe falleció) que todavía, aunque astuto, como le faltaba aquelpreciado sentido, no me sentía. Pero no hay nadie con tan aguda vista como éste tenía.

Cuando en misa estábamos, no se le escapaba ninguna blanca⁽²¹⁾ de las que la gente daba, un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Cuantas blancas⁽²¹⁾ ofrecían tenía contadas y acabado el ofertorio me quitaba el cesto y lo ponía sobre el altar.

Nunca pude robarle una blanca⁽²¹⁾ todo el tiempo que con él viví, o por mejor decir, morí.

De la taberna nunca le traje una blanca⁽²¹⁾ de vino porque el vino que le sobraba de la Iglesia lo metía en el arcón y lo administraba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, me decía:

- Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber y por esto yo no me desmando como otros.

Mas mentía falsamente, porque en las cofradías y mortuorios que rezábamos, a costa ajena comía y bebía como un lobo.

Y ya que hablo de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui tan enemigo de la naturaleza humana como entonces. Y esto era porque en los mortuorios comíamos bien y me hartaban. Yo deseaba, y aun rogaba a Dios, que cada día matase a uno. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción⁽²²⁾, cuando manda el clérigo rezar a los que están allí, yo con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor que le llevase de este mundo.

Y cuando alguno de éstos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, mil veces lo maldecía y el que

se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que serían casi seis meses, sólo veinte personas fallecieron y éstas bien creo que las maté yo, o por mejor decir, murieron a petición mía, porque, viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que gozaba matándolos por darme a mí vida. Y si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, volviendo a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, algunas veces deseaba. Mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

(21) Los «*maravedís*», las «*blancas*» y las «*medias blancas*» son monedas de aquella época.

(22) Sacramento que el sacerdote aplica a los moribundos.

Pensé muchas veces dejar a aquel mezquino amo. Mas por dos cosas no lo dejaba: la primera, por no fiarme de mis piernas, por temor de la flaqueza que de pura hambre me venía y la otra es que yo pensaba y decía: «*Yo he tenido dos amos: el primero me traía muerto de hambre y dejándole, me encontré con este otro que me tiene ya en la sepultura. Si a este abandono y doy con otro peor, ¿qué será, sino fallecer?*». Con esto no me atrevía a marcharme.

Pues estando con tales penas un día que el ruin⁽²³⁾ de mi amo había salido, llamó a la puerta un calderero⁽²⁴⁾, el cual yo creo que fue un ángel que me envió Dios. Me preguntó si tenía algo que arreglar y yo le dije:

- Una llave de este arca he perdido y temo que mi señor me azote. Por vuestra vida, ved si en ésas llaves que traéis hay alguna que le sirva, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el calderero el gran manojito de llaves que traía y yo a ayudarle con mis oraciones. Cuando de repente, vi el arca abierta con los panes dentro le dije:

- Yo no tengo dineros que daros por la llave, tomad de ahí el pago.

Él tomó un pan de aquéllos, el que mejor le pareció y dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí. Mas no toqué nada en ese momento, para que no se notara la falta. Vino el mísero de mi amo y gracias a Dios no se dio cuenta del pan que el calderero se había llevado.

Y al día siguiente, cuando se marchó, abrí mi paraíso de panes y tomé entre las manos y dientes un pan y en dos credos lo hice invisible⁽²⁵⁾, no olvidando cerrar el arca. Y comencé a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome que con aquello remediaría de aquí en adelante mi triste vida. Y así estuve con ello feliz aquel día y el siguiente. Pero no me iba a durar mucho aquel descanso, porque al tercer día veo a deshora al que me mataba de hambre sobre el arca, volviendo y revolviendo, contando y recontando los panes. Yo disimulaba y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía: «*¡San*

Juan⁽²⁶⁾*ciégale!*».

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, contando por días y dedos, dijo:

- Si no tuviera tan bien guardada este arca, yo diría que me habían robado de ella panes. De hoy en adelante voy a llevar la cuenta: nueve quedan y un pedazo.

«*¡Malas nuevas te dé Dios!*», dije yo para mí.

(23) Mezquino y avariento.

(24) Vendedor ambulante de sartenes, calderos y otros instrumentos caseros de cobre o hierro.

(25) Se lo comió.

(26) *San Juan era el patrón de los criados.*

Cuando salió fuera de casa yo, por consolarme, abrí el arca y comencé a adorar los panes, no osando tocarlos. Los conté, por si acaso el clérigo se había equivocado y hallé su cuenta más verdadera de lo que yo quisiera. Lo más que pude hacer fue dar en ellos mil besos y lo más delicado que yo pude. Del que estaba empezado tomé un poco y con eso pasé aquel día, no tan alegre como el anterior.

Mas como el hambre creciese, mayormente porque ya tenía el estómago hecho a más pan, yo no hacía otra cosa cuando estaba solo que abrir y cerrar el arca y contemplar aquellos panes. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal necesidad, me dio una idea, pensé: *«Este arcón es viejo y grande y con pequeños agujeros por algunas partes. Se puede pensar que los ratones, entrando en él roen el pan. Sacar un pan entero no es cosa conveniente, porque notará la falta»*.

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos manteles que allí estaban y tomo uno y dejo otro, de manera que de tres o cuatro desmigajé un poco. Después, como quien toma un pastel, lo comí y algo me consolé. Mas él, cuando vino a comer y abrió el arca, vio el mal y sin duda creyó que eran ratones los que el daño habían hecho, porque estaba muy bien imitado de como ellos suelen roer. Miró todo el arca de un extremo a otro y encontró ciertos agujeros por donde sospechaba que habían entrado. Me llamó, diciendo:

- ¡Lázaro, mira, mira, qué persecución ha venido esta noche por nuestro pan!

Yo fingí estar sorprendido, preguntándole qué sería.

- ¿Qué ha de ser? -dijo él- ratones que no dejan nada en paz.

Nos pusimos a comer y quiso Dios que tocara más pan que la miseria que me solía dar, porque ralló con un cuchillo todo lo que pensó que estaba mordido por los ratones, diciendo:

- Cómete eso, que el ratón cosa limpia es.

Y así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

En cuanto salió de casa, fui a ver la obra y hallé que no dejó en la triste y vieja arca ningún agujero por donde pudiese entrar un mosquito. Abrí con mi llave, sin esperanza de sacar provecho y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser comidos por ratones y de ellos todavía saqué algunas migajas, tocándolos muy ligeramente.

Estando una noche desvelado, pensando cómo podría aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormía, porque lo oí roncar. Me levanté sin hacer ruido y con un cuchillo viejo que por allí andaba llegué al triste arca y por donde parecía estar más débil le acometí con el cuchillo a manera de barreno. Y como la antiquísima arca, por ser tan vieja, estaba muy blanda y carcomida, le hice en un costado un buen agujero. Hecho esto abrí muy despacio el arca y del pan que hallé partido, saqué algunas migajas. Y con aquello, un poco consolado, cerré y volví a mi cama.

Al día siguiente mi amo vio el daño, tanto del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a maldecir a los ratones y a decir:

- ¿Qué diremos a esto? ¡Nunca ha habido ratones en esta casa, sino ahora!

Volvió a buscar clavos y tablillas por la casa y a tapar agujeros y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

De que vio no aprovecharle nada su remedio, dijo:

- Este arca está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no hay ratón del que

se pueda defender.

Luego buscó prestada una ratonera y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, siempre tenía la trampa armada dentro del arca. Lo cual era para mí una gran ayuda, porque disfrutaba de las cortezas del queso que de la ratonera sacaba y además no perdonaba el ratonar del pan.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, se lamentaba y preguntaba a los vecinos cómo podía ser que encontraba comido el queso y caída la trampilla de la ratonera y nunca hallaba dentro al ratón.

Le dijo entonces un vecino:

- En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra y ésta debe de ser sin duda. Y como es larga, puede comerse el cebo y aunque le pille la trampilla, si no está toda dentro, puede escapar.

Lo que aquél dijo alteró mucho a mi amo y desde entonces no dormía tan profundamente y con cualquier ruido que de noche sonase, pensaba que era la culebra que le roía el arca. Se levantaba y con un garrote que tenía a la cabecera de su cama daba en el arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía y a mí no me dejaba dormir. Se iba a mi cama y revolvía las pajas pensando que la culebra se había metido en mi cama buscando calor.

Yo las más veces me hacía el dormido y por la mañana, me decía:

- ¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve y pienso que puede meterse en tu cama porque las culebras son muy frías y buscan calor.

- ¡Rogad a Dios que no me muerda -decía yo- que mucho miedo le tengo!

De esta manera andaba tan desvelado que la culebra (o «*culebro*» mejor dicho) no se atrevía a roer de noche. Mas de día, mientras él estaba en la iglesia hacía mis asaltos. Y mi amo con los daños que yo hacía y el poco remedio que él les podía poner, andaba por las noches como fantasma.

Yo tuve miedo de que me encontrase la llave que tenía escondida entre las pajas de mi cama y me pareció lo más seguro metérmela de noche en la boca.

Pues, así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin miedo a que el brujo de mi amo la encontrase. Mas quisieron mis pecados que una noche que yo estaba durmiendo, la llave se colocó en mi boca de tal manera y postura que el aire que yo echaba salía por el hueco de la llave y silbaba de tal manera que mi amo creyó, sin duda, que era el silbido de la culebra. Se levantó muy despacio con el garrote en la mano y llegó a mi cama muy callado para no ser sentido por la culebra. Y cuando estuvo cerca, pensó que allí entre las pajas, donde yo estaba echado, al calor mío se había venido.

Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un golpe tan grande que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Cuando sintió que me había dado y tentó la mucha sangre que se me iba, conoció el daño que me había hecho. Con mucha prisa fue a buscar una luz y llegando con ella, me halló quejándome, todavía con la mitad de la llave fuera de la boca. Se preguntó mi amo qué podría ser aquella llave, la sacó de mi boca y vio que era igual a la suya. Fue luego a probarla y con ella resolvió el misterio. Debió de decir el cruel cazador: «*El ratón y la culebra que me daban guerra y comían mi comida he hallado*».

Al cabo de tres días yo recobré el sentido y me vi echado en mi cama, la cabeza toda vendada y llena de aceites y ungüentos y extrañado, dije:

- ¿Qué es esto?

Me respondió el cruel sacerdote:

- A fe que los ratones y culebras que se comían mi pan ya los he cazado.

Y me miré y me vi tan maltratado que sospeché lo que había ocurrido.

Y así, de poco en poco, a los quince días me levanté y estuve sin peligro (mas no sin hambre) y medio sano.

Al día siguiente de levantarme, el señor mi amo me tomó por la mano, me sacó a la calle y me dijo:

- Lázaro, busca amo y vete con Dios, que no te quiero en mi compañía.

Y santiguándose, como si yo estuviera endemoniado, se metió en la casa y cerró la puerta.

TRATADO TERCERO

Me vi obligado a sacar fuerzas de flaqueza y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, llegué a Toledo donde, con la gracia de Dios, en quince días se me cerró la herida. Y mientras estaba enfermo, siempre me daban alguna limosna; pero cuando sané, todos me decían:

- Tú eres mendigo y vago. Busca un buen amo a quien servir.

«¿Y dónde encontraré uno -decía yo para mí-, si Dios cuando hizo el mundo, no lo creó?»

Andando así, pidiendo de puerta en puerta, quiso Dios que me encontrara con un escudero que iba por la calle, bien vestido, bien peinado y de muy buena presencia. Me miró y yo a él y me dijo:

- Muchacho, ¿buscas amo?

Yo le dije:

- Sí, señor.

- Pues vente tras mí -me respondió- que Dios te ha hecho merced en encontrarte conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Y le seguí, dando gracias a Dios por lo que le oí y también porque me parecía, por su aspecto, ser el amo que yo necesitaba.

Era por la mañana cuando encontré mi tercer amo y me llevó tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendían pan y otras provisiones. Yo pensaba y deseaba que allí compraríamos lo necesario para comer pero mi nuevo amo no se detenía a comprar. «*Por ventura no lo ve aquí a su contento -decía yo- y querrá que lo compremos en otro sitio*».

De esta manera anduvimos hasta las once. Entonces entró en la Iglesia Mayor y yo tras él y muy devotamente oyó misa. Salimos de la Iglesia y a buen paso comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo al ver que no habíamos comprado nada para comer. Pensé que mi nuevo amo debía ser hombre previsor y que la comida ya estaría a punto, tal y como yo deseaba y necesitaba.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él y sacó una llave de la manga y abrió la puerta y entramos en la casa, la cual tenía una entrada tan oscura y lóbrega⁽²⁷⁾ que daba miedo a los que en ella entraban, aunque dentro había un patio pequeño y varias habitaciones.

(27) Oscura, tenebrosa.

Cuando entramos se quitó la capa y preguntándome si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y, muy limpiamente, soplando un poyo⁽²⁸⁾ que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, se sentó al lado de ella, preguntándome con mucho detalle de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad. Y a mí me parecía más conveniente hora de poner la mesa y comer que contestarle lo que me preguntaba. A pesar de todo yo le conté de mí lo mejor que mentir supe, diciendo mis cosas buenas y callando lo demás, porque me parecía que no venía a cuento. Esto hecho, yo vi mala señal porque eran casi las dos y todavía no habíamos comido. En la casa todo lo que yo había visto eran paredes. No había silleta⁽²⁹⁾, ni tajo⁽³⁰⁾, ni banco, ni mesa, ni un arcón como el del clérigo.

Estando así, me dijo:

- Mozo, ¿tú has comido?

- No, señor -dijo yo- que todavía no habían dado las ocho cuando con Vuestra Merced me encontré.

- Pues, aunque era muy temprano, yo había almorzado y cuando temprano como algo, hasta la noche no vuelvo a comer. Por eso, aguanta como puedas que después cenaremos.

Vuestra Merced crea, cuando esto le oí, estuve a punto de perder el sentido, no por el hambre sino por reconocer mi mala suerte. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y volví a llorar mis penas, allí se me vino a la memoria lo que yo pensaba cuando quería dejar al clérigo que, aunque aquel era desventurado y mísero, mi mala suerte me haría encontrarme con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y disimulando lo mejor que pude, le dije:

- Señor, mozo soy que no necesita comer mucho.

- Virtud es ésa -dijo él- y por eso te querré yo más, porque hartarse es de puercos y comer lo necesario de hombres de bien.

«¡Bien te he entendido! -dijo yo para mí-. ¡Maldita tanta medicina y bondad como la que mis amos hallan en el hambre!».

Me puse a un lado del portal y saqué unos pedazos de pan, que me habían quedado de los de por Dios⁽³¹⁾. Él, que vio esto, me dijo:

- Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo llegué hasta él y le mostré el pan. Tomó él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande y me dijo:

- Por mi vida, que parece éste buen pan.

- ¡Señor, -dijo yo- ahora sí tenéis hambre!

- Sí, en verdad -dijo él-. ¿Dónde lo encontraste? ¿Está amasado con buenas manos?

- No sé, -le dije- pero a mí eso me da lo mismo.

- Así lo quiere Dios -dijo el pobre de mi amo-.

Y, llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en el otro.

- ¡Sabrosísimo pan -dijo-, por Dios!

Y como sentí de qué pie cojeaba, me di prisa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, de ayudarme con lo que me quedase. Así acabamos casi a la vez. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas migajas que en los pechos se le habían quedado. Y entró en una cámara⁽³²⁾ que allí estaba y sacó un jarro desbocado⁽³³⁾ y no muy nuevo y después que hubo bebido, me invitó a beber. Yo, por disimular le dije:

- Señor, no bebo vino.

- Agua es -me respondió-. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no era mi congoja⁽³⁴⁾.

(28) Banco de piedra u otro material que generalmente se fabrica arrimado a la pared en la entrada de las casas.

(29) Silla para sentarse.

(30) Trozo de madera grueso apoyado sobre tres pies que se utilizaba en las tareas de la cocina.

(31) De los conseguidos pidiendo por Dios. De ahí viene la palabra pordiosero.

(32) Habitación.

(33) Con la boca gastada o mellada.

(34) Pena, aflicción.

Así estuvimos hasta la noche, hablando sobre las cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo me metió en la cámara donde estaba el jarro del que bebimos y me dijo:

- Mozo, ven y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí en adelante.

Me puse a un lado y él al otro, e hicimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque sólo tenía sobre unos bancos de madera una estera⁽³⁵⁾ de cañas sobre la cual estaba tendida la ropa que servía de colchón, aunque con menos lana de la necesaria. Lo colocamos todo intentando ablandarlo, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. Y sobre aquel hambriento colchón, una manta cuyo color yo no pude distinguir. Cuando acabamos de hacer la cama ya era de noche y me dijo:

- Lázaro, ya es tarde. De aquí a la plaza hay gran trecho⁽³⁶⁾. Además en esta ciudad andan muchos ladrones. Pasemos como podamos y mañana, cuando sea de día, Dios proveerá, porque yo, como vivía solo, he comido estos días en la calle. Pero a partir de ahora nos organizaremos de otra manera.

- Señor, de mí -dije yo- ninguna pena tenga Vuestra Merced que bien sé pasar una noche y aún más, si es necesario, sin comer.

- Vivirás más y más sano -me respondió- porque, como decíamos hoy, no hay mejor cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

«Si eso es así -dije para mí-, yo nunca moriré que siempre he guardado esa regla por fuerza y creo que, para mi desdicha, la guardaré toda mi vida».

Y se acostó en la cama, poniendo por almohada las calzas⁽³⁷⁾ y el jubón⁽³⁸⁾ y me mandó echar a sus pies, lo cual yo hice. Pero, maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos estuvieron peleando toda la noche que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había un gramo de carne y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldije mil veces mi ruin fortuna, Dios me lo perdone y, lo peor, pedí a Dios muchas veces la muerte.

(35) Tejido grueso de esparto, juncos, cañas, palma, etc., que sirve para cubrir el suelo de las habitaciones y para otros usos.

(36) Mucha distancia.

(37) Prenda de vestir que cubría desde los pies a la cintura.

(38) Chaquetilla que se ponía sobre la camisa.

Por la mañana nos levantamos y comenzó a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo⁽³⁹⁾ y capa. Después se vistió muy despacio, se peinó, puso su espada en el talabarte⁽⁴⁰⁾ y, al tiempo que la ponía, me dijo:

- ¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No la cambiaría por nada en el mundo.

Ninguna de cuantas Antonio⁽⁴¹⁾ hizo tiene un acero como ésta lo tiene.

Y la sacó de la vaina y la tocó con los dedos, diciendo:

- ¿La ves aquí? Yo soy capaz con ella de cortar un copo de lana.

Y yo dije para mí: «Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras⁽⁴²⁾».

Volvió a guardar la espada y con paso sosegado y el cuerpo derecho, dando muy gentiles meneos, poniendo un extremo de la capa sobre el hombro y a veces bajo el brazo y con la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

- Lázaro, vigila la casa que voy a oír misa y haz la cama y llena la vasija de agua en el río y cierra la puerta con llave para que no nos roben y ponla aquí en el quicio de la puerta para que si yo llegara, pudiera entrar.

Y subió calle arriba con tan gentil semblante y continente⁽⁴³⁾ que quien no le conociera pensaría que era pariente cercano del conde de Arcos⁽⁴⁴⁾ o, al menos, el camarero⁽⁴⁵⁾ que le servía.

(39) Prenda de vestir holgada y sin botones que cubría el cuerpo hasta la rodilla.

(40) Cinturón, generalmente de cuero, donde se cuelga la espada.

(41) Famoso fabricante de espadas de aquella época.

(42) Peso antiguo de Castilla, dividido en 16 onzas y equivalente a 460 gramos.

(43) Actitud y compostura del cuerpo.

(44) Sinónimo de condado rico

(45) Criado distinguido en las casas de los grandes, encargado de cuanto pertenecía a su cámara.

«¡Bendito sea el Señor! -quedé yo diciendo- con lo contento y gallardo que va mi amo nadie pensaría que ayer en todo el día sólo comió un mendrugo de pan que le dio su criado Lázaro. Nadie lo sospecharía ¡Oh Señor! y cuántos debe haber en el mundo como mi amo padeciendo por eso que llaman honra».

Así estaba yo en la puerta, pensando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que mi amo dobló la esquina. Entré en la casa y, en un momento, la recorrí entera, de arriba abajo, sin encontrar nada. Hice la dura cama, tomé el jarro y fui al río donde en una huerta vi a mi amo hablando con dos mujeres, de esas que tienen por costumbre ir a la ribera del río con la esperanza de que algún hidalgo del lugar las invite a almorzar a cambio de sus favores. Y como digo, mi amo estaba entre ellas hecho un Macías⁽⁴⁶⁾, diciéndoles más dulzuras que todas las que Ovidio⁽⁴⁷⁾ escribió.

Ellas, al poco rato, le pidieron de almorzar prometiéndole el acostumbrado pago. Él, sin dinero para invitarlas, se puso pálido, comenzó a balbucear y poner excusas, se despidió y se marchó.

Yo que estaba desayunando unas berzas sin que me viera mi amo, volví a casa pensando en barrerla pero no encontré ninguna escoba. Decidí esperar a mi amo hasta mediodía por si traía algo de comer.

Cuando dieron las dos como mi amo no volvía y el hambre me atacaba, cerré la puerta poniendo la llave donde me mandó mi amo y me puse a mendigar por las calles. Con voz baja y lastimera y las manos sobre el pecho en actitud devota comencé a pedir pan por las mejores casas y como este oficio lo había aprendido yo con el ciego y tan buen discípulo salí, aunque en este pueblo no había caridad, tan buena maña me di, que antes que el reloj diera las cuatro, yo ya tenía otras tantas libras de pan bien guardadas. Al pasar por la calle de la Tripería, pedí a una de aquellas mujeres que allí vendían y me dio un pedazo de uña de vaca y unas pocas tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, encontré a mi buen amo con su capa doblada, puesta en el poyo, aseándose por el patio.

En cuanto entré se dirigió hacia mí. Pensé que quería reñirme por la tardanza, pero me preguntó de dónde venía. Yo le dije:

- Señor, hasta las dos estuve aquí y como vi que Vuestra Merced no venía, me fui a encomendarme a las buenas gentes que me han dado esto que veis.

Le enseñé el pan y las tripas, él puso buena cara y dijo:

- Yo te he estado esperando para comer pero como vi que tardabas ya he comido. Lázaro tú eres hombre de bien porque más vale pedir por Dios que hurtar. Esto que haces me parece bien pero te pido que, para no manchar mi honra, nadie se entere que vives conmigo. Aunque aquí soy poco conocido. ¡Nunca debí venir a este pueblo!

- No se preocupe, señor, -le dije yo- que nadie se enterará.

- Ahora, come que si Dios quiere pronto nos veremos sin necesidades, aunque te digo que desde que entré en esta casa nunca me ha ido bien. Debe ser de mal suelo. Hay casas desdichadas con mala suerte que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Ésta debe de ser, sin duda, una de ellas. Pero yo te prometo que en cuanto acabe el mes nos cambiaremos de casa.

Me senté en el poyo y comencé a cenar las tripas y el pan y, disimuladamente, miraba a mi amo que no apartaba los ojos de la comida. Tanta lástima tenía Dios de mí como yo tenía de mi amo, porque sentí lo que sentía y lo que yo muchas veces había pasado y pasaba cada día. Yo estaba deseando compartir con mi amo aquella comida pero como me había dicho que ya había comido, temí que no aceptaría el convite⁽⁴⁸⁾. Quiso Dios que se cumpliera mi deseo y pienso que el suyo, porque se acercó y me dijo:

- Te digo, Lázaro, que comes con tanta gracia que cualquiera que te viera comer le entraría hambre aunque no la tuviera.

«*El hambre que tú tienes -dije yo para mí- te hace parecer la mía hermosa*».

- Señor, -le dije- este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca muy bien cocida y sazonada⁽⁴⁹⁾.

- ¿Uña de vaca es?

- Sí, señor.

- Te digo que es el mejor bocado del mundo y me gusta más que el mejor faisán.

- Pruebe, señor, y verá lo buena que está.

Le puse en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Se sentó a mi lado y comenzó a comer con muchísimas ganas, royendo cada huesecillo.

- Con almodrote⁽⁵⁰⁾ -decía- es éste un exquisito manjar.

«*¡Con mejor salsa lo comes tú!*»⁽⁵¹⁾ -pensé yo-.

- Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido.

«*¡Así me vengan buenos años como que es verdad eso!*» -pensé yo.

Me pidió el jarro del agua y se lo entregué completamente lleno, señal de que mi amo no había comido nada. Bebimos y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

(46) *Trovador gallego del Siglo XIV famoso por sus amoríos. Se dice que lo mató el marido de una de sus amantes.*

(47) *Escritor romano autor de «El arte de amar».*

(48) *Invitación.*

(49) *Condimentada.*

(50) *Salsa compuesta de aceite, ajos, queso y otras cosas.*

(51) *Lázaro pensó que el hambre es la mejor salsa.*

De esta manera estuvimos ocho o diez días, saliendo mi amo cada mañana con ese andar digno y ceremonioso a pasear por las calles y comiendo los dos de lo que yo conseguía.

Pensaba yo muchas veces que, escapando de los amos ruines que había tenido, mi mala

suerte me había hecho encontrarme con quien no sólo no podía mantenerme sino que era yo el que tenía que mantenerlo a él. A pesar de todo yo le quería bien, al ver que no me negaba nada, porque no tenía nada que darme.

Una mañana que subió a lo alto de la casa a hacer sus necesidades⁽⁵²⁾, yo por salir de dudas, busqué entre sus ropas y encontré una bolsa de terciopelo sin blanca⁽⁵³⁾ ni señal de que la hubiese tenido en mucho tiempo.

«Éste -decía yo- es pobre y nadie puede dar de lo que no tiene, pero el avariento⁽⁵⁴⁾ ciego y el mezquino⁽⁵⁵⁾ clérigo que sí que tenían me mataban de hambre. A aquéllos es justo aborrecer y a éste tener lástima».

(52) Como no había cuartos de baño en las casas la gente hacía sus necesidades en la cuadra o en el desván.

(53) Los «maravedís», las «blancas» y las «medias blancas» son monedas de aquella época.

(54) Avaro.

(55) Que escatima excesivamente en el gasto.

Quiso mi mala fortuna que se acabase aquella forma de vida. La mala cosecha de ese año hizo que el Ayuntamiento acordara expulsar a todos los pobres de la ciudad. A los cuatro días vi llegar una gran cantidad de pobres que iban azotando por las Cuatro Calles⁽⁵⁶⁾. Me dio tanto miedo que no me atreví a mendigar más.

Estuvimos dos o tres días sin comer nada. A mí unas vecinas me dieron algo de comer con lo que pasé como mejor pude. Pero no tenía tanta lástima de mí como de mi amo que en ocho días no comió nada. ¡Y le veía venir a mediodía por la calle abajo con el cuerpo bien derecho. Y por lo que respecta a su honra tomaba un palillo y salía a la puerta escarbándose los dientes, entre los que no había nada, quejándose de aquel lugar, diciendo:

- Ya ves, Lázaro, que esta casa es lóbrega, triste y oscura. Mientras estemos aquí, hemos de padecer. Estoy deseando que se acabe este mes para salir de esta casa.

(56) Cruce de calles de Toledo situado entre la Catedral y Zocodover.

Un día, no sé cómo, mi amo llegó a casa con un real⁽⁵⁷⁾, tan satisfecho como si tuviera el tesoro de Venecia⁽⁵⁸⁾ y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

- Toma, Lázaro, ve a la plaza y compra pan, vino y carne. Y otra cosa te diré para que disfrutes: he alquilado otra casa y de ésta saldremos a fin de mes. ¡Maldita sea esta casa y el que en ella puso la primera teja, que con mal pie en ella entré! Por nuestro Señor, desde que vivo aquí no he bebido una gota de vino ni comido un bocado de carne ni he tenido descanso ninguno. Ve y vuelve rápido y comamos hoy como condes.

Tomé el real y el jarro y me dirigí hacia la plaza, muy contento y alegre.

Pero mi triste fortuna hace que ningún gozo me venga sin inquietud. Y así fue también esta vez porque subiendo la calle, pensando en qué iba a emplear el dinero para gastarlo lo mejor posible, dando infinitas gracias a Dios porque mi amo había conseguido algo de dinero, me encontré con un entierro que venía calle abajo. Me arrimé a la pared para dejarlo pasar y vi entre las gentes a una mujer de luto que debía ser la mujer del difunto que iba llorando y diciendo con grandes voces:

- Marido y señor mío, ¿dónde os llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Yo, cuando aquello oí, se me juntó el cielo con la tierra y pensé: «¡Oh desdichado de mí,

para mi casa llevan este muerto!».

Dejé el camino que llevaba y atravesando por medio de la gente volví calle abajo corriendo para mi casa lo más que pude. Y entrando en ella, cerré deprisa, invocando el auxilio y el favor de mi amo, abrazándome a él, para que me ayudara a defender la entrada. Mi amo, algo alterado, pensando que pasaba algo, me dijo:

- ¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué tienes? ¿Por qué cierras la puerta con tanta furia?

- ¡Oh señor -dije yo-, venga aquí, que nos traen un muerto!

- ¿Cómo es eso? -respondió él.

- Allí arriba lo encontré y venía diciendo su mujer: «*Marido y señor mío, ¿dónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!*». Acá, señor, nos lo traen.

Y cuando mi amo oyó esto, aunque no tenía por qué estar muy alegre, rió tanto que gran rato estuvo sin poder hablar. Yo tenía ya asegurada la puerta y arrimado el hombro contra ella para que nadie pudiera abrirla.

Pasó la gente con el muerto y yo todavía temía que nos le metieran en casa. Y cuando el bueno de mi amo se hartó de reír me dijo:

- Verdad es, Lázaro, que según lo que la viuda va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste. Pero puesto que Dios nos ayuda y siguen adelante, abre y vete a comprar para que podamos comer.

- Déjalos, señor, que acaben de pasar la calle -dije yo.

Por fin abrió mi amo la puerta y obligándome a salir me encaminó otra vez al mercado. Y aunque comimos bien aquel día, yo comí con tan pocas ganas que ni en tres días recuperé el color de la cara. Y mi amo se reía cada vez que se acordaba de aquello.

(57) *Moneda de plata que equivalía a 34 maravedís.*

(58) *Se emplea como sinónimo de riqueza.*

De esta manera estuve con mi tercer y pobre amo, que fue este escudero, algunos días. Yo deseaba saber por qué vino a esta tierra. Se notaba que era extranjero por el poco conocimiento y trato que con los vecinos de Toledo tenía. Al fin se cumplió mi deseo porque, un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, me dijo que era de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra por no quitarse el sombrero ante un caballero que era su vecino.

- Señor, -dije yo- si él era un caballero y tenía más que vos, ¿por qué no os quitabais vos el sombrero primero, porque decís que él también se lo quitaba?

- Sí, era un caballero y también se quitaba el sombrero, pero de todas las veces que le saludaba ninguna se me adelantaba en el saludo. Yo siempre saludaba primero.

- Me parece, señor, -le dije yo- que eso no tiene importancia, sobre todo con gente de más categoría y que tienen más.

- Eres un muchacho -me respondió- y no entiendes las cosas de la honra que es donde está todo el patrimonio de los hombres de bien. Has de saber que un hidalgo sólo se debe a Dios y al rey. Y yo no soy tan pobre porque tengo en mi pueblo un solar de casas que si estuviera en el centro de Valladolid valdría más de doscientos mil maravedís⁽⁵⁹⁾. Y tengo un palomar que, si no estuviera derribado⁽⁶⁰⁾, daría cada año más de doscientos palomos. Y tengo otras cosas que me callo, que dejé todo por mi honra y vine a esta ciudad pensando que hallaría una buena posición, pero no ha sucedido como pensé.

De esta manera se lamentaba de su mala fortuna mi amo, contándome quién era y de dónde venía.

(59) *Es decir que si las casas las tuviera en Valladolid sería rico.*

(60) *Los palomares eran un buen negocio en aquella época pero el del escudero está derribado.*

Cuando estábamos hablando, entraron por la puerta un hombre y una vieja. El hombre pidió a mi amo que le pagara el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hicieron cuentas y creo que sumaron doce o trece reales. Mi amo les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a cambiar una pieza de a dos⁽⁶¹⁾ y que volviesen por la tarde. Pero su salida fue sin vuelta.

Por la tarde, ellos volvieron. Yo les dije que mi amo aún no había vuelto. Llegó la noche y mi amo no apareció. Tuve miedo de quedarme en casa solo y me fui a casa de las vecinas. Les conté lo que había ocurrido y allí dormí.

Por la mañana volvieron los acreedores y llamaron a casa de mis vecinas. Las mujeres les dijeron:

- Aquí está su mozo y la llave de la puerta.

Ellos preguntaron por mi amo y les dije que no sabía dónde estaba y que no había vuelto a casa desde que salió a cambiar el dinero y que yo pensaba que se había ido con el cambio.

Llamaron al alguacil y al escribano. Miraron por toda la casa y como no encontraron nada me preguntaron:

- ¿Dónde están los bienes de tu amo, sus muebles, sus tapices y sus adornos?

- No sé -respondí yo.

- Sin duda -dijeron ellos- esta noche se lo debe haber llevado. Señor alguacil, llevad a este mozo a la cárcel que él sabe dónde está su amo.

El alguacil me sujetó por el jubón, diciendo:

- Muchacho, te meteré en la cárcel si no entregas los bienes de tu amo.

Yo tuve mucho miedo y, llorando, prometí decirles lo que me preguntaban.

- Bien está -dijeron ellos-. Di todo lo que sepas y no tengas miedo.

Se sentó el escribano en el poyo para escribir. Me preguntó por los bienes de mi amo.

- Señores, -dije yo- lo que mi amo tiene, según él me dijo, es un buen solar de casas y un palomar derribado.

- Está bien -dijeron ellos- por poco que eso valga, bastará para pagar la deuda. ¿Y en qué parte de Toledo tiene eso? -me preguntaron.

- En su tierra -les respondí.

- ¿Y cuál es su tierra? -dijeron ellos.

- De Castilla la Vieja me dijo que era -les dije.

Se rieron mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

- Con esos datos no creemos que podáis cobrar vuestra deuda.

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

- Señores, éste niño es inocente y hace pocos días que está con este escudero y sabe de él lo mismo que Vuestras Mercedes. Nosotras le dábamos de comer y por la noche se iba a dormir con él.

Decidieron que yo era inocente y me soltaron. El alguacil y el escribano dijeron al hombre y a la mujer que tenían que pagar los gastos de su intervención. Discutieron porque ellos decían que no estaban obligados a pagar ya que no habían resuelto nada. Finalmente, el alguacil le quitó la manta a la vieja y se marcharon todos dando grandes voces.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercer amo.

TRATADO CUARTO

Tuve que buscar mi cuarto amo. Fue un fraile de la Orden de la Merced⁽⁶²⁾ al que mis vecinas me recomendaron. Ellas le llamaban pariente. Casi nunca rezaba en el convento. Lo que le gustaba era estar todo el día en la calle. Tanto es así que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Éste fraile me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; pero no me duraron ni ocho días. Y por esto, y por otras cosas que no digo, lo dejé.

(62) Real y Militar Orden de la Merced, fundada por San Pedro Nolasco e instituida por Jaime el Conquistador.

TRATADO QUINTO

El quinto amo que tuve fue un buldero⁽⁶³⁾, el más sinvergüenza y caradura que yo nunca haya conocido, que utilizaba ingeniosos modos y maneras para engañar a la gente. En los pueblos donde iba a vender las bulas⁽⁶⁴⁾, primero regalaba a los clérigos y curas del lugar algunas cosillas de poco valor⁽⁶⁵⁾: una lechuga murciana, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, o unas peras. Así procuraba tenerlos predispuestos para que favoreciesen su negocio y llamasen a sus feligreses a tomar la bula. Cuando trataba con los curas se informaba de sus conocimientos. Si veía que eran cultos, no hablaba en latín para no meter la pata, al contrario utilizaba un fluido y gracioso romance⁽⁶⁶⁾. Si sabía que los clérigos eran de los reverendos⁽⁶⁷⁾ que se habían ordenado con más dinero que con letras, les hablaba dos horas en latín: al menos, lo parecía, aunque no lo era.

(63) Buldero o bulero. Funcionario autorizado para distribuir bulas y recaudar las limosnas que daban los fieles a cambio de las bulas.

(64) Documento en el que el Obispo o Arzobispo de una Diócesis concedía indulgencias o privilegios o eximía de ciertas obligaciones como ayunar en Cuaresma.

(65) Los bulderos contrataban a frailes y curas para que motivaran a la gente a comprar bulas.

(66) Lengua derivada del latín, como el castellano.

(67) Las reverendas eran cartas de recomendación de un Obispo a otro, se llamaban así porque empezaban «Reverendo en Cristo...». Mediante estas recomendaciones fueron ordenados sacerdotes algunos ignorantes que, en tono de burla, eran conocidos como «reverendos».

Cuando por las buenas no le compraban las bulas, utilizaba trucos y artimañas. Y como sería largo de contar todos los que le vi hacer, diré uno muy ingenioso y gracioso, con el cual probaré su inteligencia.

En la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días y no le habían tomado bula, ni a mi ver tenían intención de tomarla. Una noche, en la posada, después de cenar, se jugó la cena con el alguacil. Discutieron y llamó al alguacil ladrón y el otro a él falsario. El señor comisario, mi señor, tomo una lanza y el alguacil echó mano de su espada. Al ruido y voces que todos dimos, acudieron los huéspedes y vecinos. Ellos, muy enojados,

procuraban desembarazarse de los que en medio estaban, para matarse. Mas como la casa estaba llena de gente, viendo que no podían enfrentarse con las armas, se insultaban y el alguacil dijo a mi amo que era un falsario y que las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente, los del pueblo, se llevaron al alguacil a otra parte. Y así quedó mi amo muy enfadado.

A la mañana siguiente, mi amo fue a la Iglesia y mandó llamar a todo el pueblo. Todos murmuraban de las bulas, diciendo que eran falsas y que el mismo alguacil lo había descubierto; de manera que si no tenían ganas de tomarlas, con aquello las aborrecieron. Mi amo se subió al púlpito y comenzó su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin el bien e indulgencia de la Santa bula. Estando en lo mejor del sermón, entró por la puerta de la Iglesia el alguacil y, en cuanto rezó, se levantó y con voz potente comenzó a decir:

- Buenos hombres, yo vine aquí con este estafador que me engañó diciendo que si le favorecía en este negocio partiríamos la ganancia⁽⁶⁸⁾. Pero arrepentido de lo que iba a hacer declaro que las bulas que predica son falsas y que no le creáis ni las toméis que yo no soy parte en ellas y que desde ahora renuncio a mi cargo.

En cuanto acabó de hablar el alguacil mi amo se hincó de rodillas en el púlpito y mirando al cielo, dijo así:

- Señor Dios, Tú sabes la verdad y cuán injustamente me han ofendido. Por mi parte lo perdono. Mas la ofensa a ti hecha, te suplico que no la perdones porque si alguno de los que están aquí había pensado tomar esta Santa bula, al oír las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y como es tanto el perjuicio, te suplico, Señor, que hagas un milagro y que, si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo debajo de la tierra y jamás aparezcamos y que si es verdad lo que yo digo que el alguacil sea castigado.

En cuanto mi amo acabó su oración, el alguacil se desplomó y dio tal golpe en el suelo que resonó en toda la iglesia y comenzó a dar rugidos y echar espuma por la boca y a torcerla y hacer gestos con la cara y a mover los pies y las manos, revolcándose por el suelo.

El estruendo y voces de la gente era tan grande que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían:

- El Señor le socorra y valga.

Y otros:

- Se lo merece porque levantaba falso testimonio.

Finalmente, algunos de los que allí estaban, a mi parecer con mucho miedo, le sujetaron los brazos y las piernas y así le tuvieron un gran rato.

(68) Repartirían los beneficios entre los dos.

Mientras tanto, mi amo estaba en el púlpito de rodillas, con las manos y los ojos puestos en el cielo, sin que el ruido y las voces que había en la Iglesia pudieran apartarle de su divina contemplación.

Aquellos buenos hombres, dando voces, le despertaron y le suplicaron que socorriese al alguacil que se estaba muriendo. Mi amo, como quien despierta de un dulce sueño, los miró y muy tranquilamente les dijo:

- Buenos hombres, puesto que Dios nos manda que perdonemos las injurias, vamos todos a suplicarle que perdone a éste que le ofendió.

Y así bajó del púlpito y, muy devotamente, pidió a Nuestro Señor que perdonase a aquel pecador y le devolviera la salud y el sano juicio, sacándole el demonio que le había

poseído. Todos se hincaron de rodillas delante del altar y comenzaron a cantar en voz baja una letanía. Trajeron la Cruz y el agua bendita y mi amo comenzó una oración tan larga como devota, con la cual hizo llorar a toda la gente.

Y hecho esto, mandó traer la bula y se la puso en la cabeza y entonces el pecador del alguacil comenzó, poco a poco, a encontrarse mejor. Y en cuanto recobró la conciencia se echó a los pies de mi amo y le pidió perdón y confesó haber dicho aquello por orden del demonio, porque el demonio no quería el bien que allí se hacía a los que tomaban la bula. El señor mi amo le perdonó y el pueblo entero corrió a tomar la bula: marido y mujer, hijos e hijas, mozos y mozas.

Se divulgó la noticia por los pueblos cercanos y cuando a ellos llegábamos, no era necesario sermón ni ir a la Iglesia. A la posada venían a tomar la bula como si fuera de balde⁽⁶⁹⁾.

Cuando esto ocurrió confieso que, como otros muchos, creí que así había ocurrido, pero al ver las risas y burlas que mi amo y el alguacil hacían con el negocio, me di cuenta del engaño y pensé para mí: «¡cuántas de estas deben hacer estos burladores entre la gente inocente!».

Estuve con este, mi quinto amo, cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también bastantes fatigas, aunque me daba bien de comer a costa de los curas y otros clérigos donde iba a predicar.

(69) *Gratis.*

TRATADO SEXTO

Mi nuevo amo fue un maestro de pintar panderos al que yo le preparaba los colores y con él también sufrí mil males.

Después de éste, siendo yo ya en este tiempo buen mozo, un capellán de la Catedral me tomó a su servicio y puso a mi disposición un asno, cuatro cantaros y un azote y comencé a vender agua por la ciudad. Daba cada día a mi amo treinta maravedís y yo me quedaba con el resto y los sábados todo lo que ganaba era para mí.

Me fue tan bien en el oficio que con el trabajo de cuatro años pude ahorrar para comprar ropa usada y compré un jubón⁽⁷⁰⁾ de fustán⁽⁷¹⁾ viejo, un sayo⁽⁷²⁾ raído⁽⁷³⁾, una capa y una espada de las viejas primeras de Cuéllar⁽⁷⁴⁾.

En cuanto me vi con hábito de hombre de bien⁽⁷⁵⁾, devolví a mi amo el asno y dejé aquel oficio.

(70) *Vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo.*

(71) *Tela gruesa de algodón, con pelo por una de sus caras.*

(72) *Prenda de vestir holgada y sin botones que cubría el cuerpo hasta la rodilla.*

(73) *Muy gastado por el uso, aunque no roto.*

(74) *Cuéllar, pueblo de Segovia famoso por sus espadas.*

(75) *Con buena apariencia.*

TRATADO SÉPTIMO

Cuando me despedí del capellán, serví a un alguacil, muy poco tiempo, por parecerme el oficio peligroso. Una noche unos delincuentes nos persiguieron, a mí y a mi amo, a pedradas y a palos. A mi amo lo maltrataron pero a mí no me alcanzaron. Y pensando de qué viviría quiso Dios ayudarme y tuve la suerte de conseguir el cargo de pregonero⁽⁷⁶⁾ de Toledo que yo desempeñaba con gran habilidad.

(76) Persona encargada de leer en voz alta los pregones municipales y de hacer público lo que se quiere hacer saber a todos.

En este tiempo el señor Arcipreste⁽⁷⁷⁾ de San Salvador, me casó con una criada suya⁽⁷⁸⁾ y hasta ahora no estoy arrepentido porque, además de ser buena, diligente y servicial, obtengo del señor Arcipreste mucho favor y ayuda. Durante el año nos regala trigo y carne y casi todos los domingos y fiestas comemos en su casa.

Pero las malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo «no sé qué y sí sé qué»⁽⁷⁹⁾, de que ven a mi mujer ir a hacerle la cama y a darle de comer. Mi señor me habló un día delante de ella, y me dijo:

- Lázaro de Tormes, quien escucha dichos de malas lenguas, nunca progresará. Tu mujer entra y sale de mi casa sin manchar tu honra ni la suya y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a tu provecho.

- Señor, -le dije- yo decidí arrimarme a los buenos⁽⁸⁰⁾. Aunque es verdad que algunos de mis amigos me han dicho que, antes de que conmigo se casase, había parido tres veces. Entonces mi mujer se puso a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado. Pero yo por un lado y mi señor por otro, tanto le dijimos que cesó su llanto y le hice juramento de que nunca más en mi vida le mencionaría nada de aquello y que yo veía bien que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba seguro de su bondad. Y así quedamos los tres bien conformes. Hasta el día de hoy, nunca nadie nos oyó hablar del caso. Y cuando alguien quiere decir algo de ella, le paro y le digo:

- Mira: si sois amigo, no me digáis cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, sobre todo si me hablan mal de mi mujer que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí, que yo juraré que es la más buena mujer de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él⁽⁸¹⁾.

De esta manera no me dicen nada y yo tengo paz en mi casa. Esto ocurrió el mismo año que nuestro Emperador entró en esta insigne ciudad de Toledo y tuvo en ella Cortes⁽⁸²⁾. En este tiempo yo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna. Lo que de aquí adelante me ocurra se lo contaré a Vuestra Merced.

(77) Sacerdote titular de varias parroquias de una misma zona.

(78) Muchos clérigos amancebados con mujeres las casaban con sus criados y otras personas que admitían vivir en casa del clérigo para encubrir su delito.

(79) Coloquialmente, habladurías.

(80) Lázaro consentía la relación entre el Arcipreste y su mujer.

(81) Lázaro no puede admitir su situación porque a los maridos que por dinero consentían que sus mujeres tuvieran relaciones carnales se les aplicaba la pena de diez años de galeras la primera vez y la segunda vez cien azotes y galeras perpetuas.

(82) Estas Cortes podrían ser las de 1525.

